

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

TODAS LAS CAMARERAS VAN AL CIELO

Se despertó por la mañana gracias al palazo que su hijo de cinco años le puso en la cara. Se incorporó dolida, y con la nariz sangrando, cuando dulcemente le preguntó qué era lo que necesitaba.

- Te quedaste dormida! Tengo que ir al jardín! Estúpida!!

Y el niño nuevamente la golpeó, esta vez en las pantorrillas.

La mujer de 32 años, de nombre Marina Secoya, se incorporó enseguida, y antes de un siguiente golpe, corrió hasta la cocina.

Rápidamente preparó el desayuno.

Una vez que el niño tomó sus proteínas, salieron a la calle de la mano.

En la vereda se cruzaron con la chusma de la Sra. Garriz.

Bien propio de ella, sacó una aguja gruesa de su cartera, y mordiendo los dientes, se la clavó en el brazo de Marina.

- Buen día! – le dijo la mujer a su agresora, y se frotó la herida junto a las otras propinadas por otros tantos vecinos.

- Supiste algo de tu marido? – preguntó la vieja, yendo al grano. Y mientras la pobre respondía, la fue pinchando reiteradas veces en la nuca.

- La policía no tiene pistas. Lo único que me queda son esperanzas...

- Ojalá que lo encuentren vivo. No podés seguir, sola... llevando la casa adelante – y le cruzó la cara de un cachetazo.

Luego, la anciana se retiró sin despedirse.

Marina y su hijo se pusieron en movimiento nuevamente. Y el trayecto, la mujer retomó la angustia de su evidente soledad, y en lo que le podía haber pasado a su marido durante aquel viaje de amigos a los bosques de Tammerlane. Si bien ya lo creía muerto, esperaba que no. Quizás el volvería y las cosas cambiarían. Y todo sería normal otra vez.

Hacía tres meses que trabajaba de camarera en un bar, que se encargaba de la casa, de la crianza de su hijo, del dinero, y de todas las responsabilidades de la familia.

Cuando llegaron al Jardín de Infante, la maestra que atendió la puerta, inmediatamente arañó la mejilla izquierda de Marina.

- Otra vez tarde!

- Perdón, pero anoche hice horas extras y...

- ...que no vuelva a pasar! Se lo pido por el bien del chico, para que aprenda desde esta edad lo que es la responsabilidad.

- Es que... – intentó decir Marina, pero se detuvo en recordar que ya no podía seguir explicando lo mal que la estaba pasando.

- Decía? – preguntó la maestra, y le arañó la otra mejilla.
Marina agachó la cabeza, conteniéndose la herida, entregó al chico, dio media vuelta y se alejó con amargura.

Corrió desesperada, con las agujas del reloj persiguiéndola: una vez más perdería el colectivo de las 13, y tendría que esperar otra media hora en la parada, para llegar al trabajo media hora como siempre.

En el camino, un hombre estiró la pierna, Marina tropezó y cayó de boca al piso. Sus dos paletas se partieron al medio.

No le dio importancia al dolor, y enseguida volvió a la carrera.

Llegó a la parada justo cuando el colectivo tragaba una hilera de pasajeros.

- Pensé que lo perdía. – le dijo al chofer con una sonrisa, mientras subía.

El hombre puso el freno de mano, se levantó del amortiguado asiento y se enfrentó a ella. Antes que Marina pudiera atajarse, el chofer le propinó una buena patada en el centro de la vagina. El dolor fue terrible y no pudo aguantar más. Retrocedió y cayó rodando por las escaleras del transporte hasta la vereda.

Enseguida, el chofer se puso en marcha y se alejó dejándola ahí tirada.

Tras una conveniente espera, Marina decidió que debía tomar un taxi: un viaje rápido, seguro y confortable era todo lo que necesitada.

Extendió su brazo y el coche se detuvo.

Enseguida el chofer se bajó del auto, dio la vuelta y antes que ella pudiera reaccionar, le abrió la puerta para que suba.

Marina se sintió a gusto: por fin alguien la trataba bien.

Durante el viaje, el diálogo fue ameno.

Pero en destino, el coche se detuvo con violencia. El taxista bajó del vehículo, tomó a la mujer de sus ropas y la lanzó de espaldas al suelo. Se agachó y le cruzó la cara de un puñetazo. Tomó unos billetes de la cartera, y alzando la voz, le dijo:

- Son ocho pesos de tu puto sueldo mediocre!!! – y se retiró en su coche.

En el alma de Marina ya no había más espacio para tanto dolor, maltrato, opresión. Para peor, el viaje había costado más de lo debido, debido a que el taxista la había distraído dialogando, paseándola por cualquier calle.

Entró al Bar, pensando en todo y en nada.

- Estas son horas de llegar?!! – dijo el dueño del lugar, aquel alfeñique de pelo canoso peinado al costado. – Te dije mil veces que basta, carajo!!

El hombre alzó su mano y amagó a pegarle. Marina se atajó. Luego, el hombre dio media vuelta, corrió hasta la barra y tomó una botella de cerveza, vacía. Volvió hasta la camarera y se la partió en la cabeza.

Marina cayó al piso, para conteniéndose el dolor con sus manos. Mientras sufría, las otras dos camareras, se le acercaron a reventarla a patadas.

El resto del día continuó como de costumbre: atendiendo a las corridas, patadas, puñetazos y pinchadas de los clientes, trompadas del jefe, y hasta una violación en el baño por parte del efectivo de seguridad del local.

Cuando llegó a su casa, la abuela Estella ya había acostado a su nieto.

Marina agradeció en voz baja, evitando despertarlo.

- De nada, Marina! Aunque de eso quería hablarte. – dijo la vieja.

- Qué pasa, mamá?

- Hija: ya tengo la matriz por el piso de pasar a buscar al nene por el colegio, traerlo, cuidarlo, darle de comer y acostarlo. Por qué no te conseguís una niñera y me dejás vivir estos últimos años que me quedan en paz? – dijo acosándola, avanzándola hasta arrinconarla contra la pared. Una vez que la tuvo a tiro, le dio un puñetazo en la oreja. – Si tu trabajo de mierda no soluciona nada, jodete!! Hubieses estudiado una carrera! – le cacheteó el rostro. – O por lo menos, te hubieses conseguido un marido mejor, que dejara algo ahorrado o un seguro de vida!!! – y la tomó de la cabeza para estrellársela contra la pared.

Marina cayó rendida al piso, llorando. No aguantaba más, nunca más.

- Por favor, mamá!! Tuve un día terrible!! No sigas, por favor!!

- A mí me importa una mierda!! Las cosas te salen así porque lo único que hacés es extrañarlo... a ése inútil!... Lo único bueno que hizo fue ganar medallas de pesca y cacería! – y le pateó el estómago.

Finalmente, la arrastro hasta al baño agarrada de los pelos. La lanzó a la bañera y le abrió la canilla.

La anciana se retiró de la casa, con su hija luchando con el agua helada.

Una hora después, Marina estaba seca, limpia, y descansando en el amplio sillón frente a la televisión apagada.

En su mano llevaba un cigarrillo, y en la otra una hamburguesa recalentada en el microondas.

Tenía la mirada perdida, vacía. Y en esa mirada se reflejaba el sufrimiento. Pero a su vez, destellaba algo de molestia.

La molestia creció con las palabras...

- Estoy cansada de esto!... - se posesionó. - Mañana me levanto temprano, voy a la peluquería, me compro algo de ropa, y hago unos llamados. Alguna de mis viejas amigas van a salir a pasear conmigo. Espero. – un bocado, fumó, pensó en él – Si sigo pensando en lo que te habrá pasado, me voy a volver loca. Voy a terminar como la Sra. Sésamo, la otra cuadra... – respiró profundamente. - Voy a mandar al nene semi-pupilo, y voy a volver a salir a la calle... por un trabajo y una vida mejor - se detuvo por un instante, tosió, fumó, comió, fumó, tosió. - Y quizás... conozca a algún hombre.

Se estaba por ir a acostar, cuando sonó el teléfono.

- Hola? – preguntó con temor. Eran las once de la noche.

- Señora Secoya? – dijo una voz masculina y aguda.

- Sí...

Sabía de qué se trataba.

- La llamo a esta hora porque quiero cagarle la noche, diciéndole que esta mañana su marido, Josh Secoya, fue hallado muerto en el Canal Tammos del Lago de Tammerlane. Tenía el cuerpo lleno de gusanos blancos, de esos que son bien cremosos.

Marina cayó de rodillas al piso, con el tubo en la oreja.

- ...

- Está ahí?... Señora?!

- Acá... aaassstoy. – dijo débil, al borde del desmayo.

- Perfecto! Porque le quería seguir contando de su marido: el mismo murió a causa del ataque de un oso el cual quiso robar el gran pez que su marido pescó. El pobre quedó desfigurado.

Lo anecdótico de la historia fue cuando Williard disparó al oso que mató a Josh. Javier tomó su arma y disparó contra Williard, en defensa de la naturaleza. El tercer amigo, el del extraño nombre, Chafuall, se lanzó contra Javier, y una nueva bala se escapó. Cuando Chafuall cayó muerto al suelo, Javier se sintió culpable de la matanza, y tras horas de vagar por los bosques con culpas y donde tuvo un diálogo místico con el alma de un indio Tammeriano, se disparó en el perfil derecho.

- Algo... másss... – dijo Marina, y se lanzó a llorar.

- Sí, perra!! Que estoy llamándola desde un celular y que estamos camino a su casa.

De repente, las puertas y ventanas fueron derribadas a patadas, y por ellas surgieron un gran número de hombres vestidos de policías, de detectives, de médicos y de astronautas.

El maldito personaje del celular, un hombre alto y demasiado delgado, se paró ante ella, y enseguida la tomó por los pelos.

- Es este es el estúpido de su marido?! – preguntó violentamente

Un hombre vestido de carnicero llegó al centro del comedor, y depositó con fuerza un saco negro que cargaba al hombro.

Abrió el cierre, y por él asomo el rostro muerto y putrefacto de Josh. Sus ojos estaban abiertos, hinchados y blancos.

Marina dijo que sí.

Minutos después, una vez que todos se habían retirado, la camarera lloraba en el piso. Cuando una mujer apareció por la puerta: tenía aire firme, y se vestía y maquillaba como una cualquiera. En su mano empuñaba un arpón.

- Me llamo Lidia, y fui la amante de tu marido!

Muchas veces el último gran golpe, no es justamente el que más nos esperamos. Detrás de cada tragedia siempre se oculta un epílogo aún más profundo y perverso.

Mariela no tuvo nada que decir. Tan sólo sonrió, alzó la cabeza con orgullo, y se arrepintió del dolor y la angustia en vano.

Acto seguido, Lidia clavó la lanza en el costado de la camarera, y ésta murió de inmediato.

Y como toda camarera, Marina se fue al Cielo.

Grandioso infierno había vivido como para alguien le niegue la paz.

FIN